

Luis Valera, narrador español



La novela criminal es la novela de caballerías de nuestro tiempo

PETRUVSKA SIMNE

Escritor nacido en Valencia, España, es catedrático, periodista, fundador y director de revistas literarias. Entre otros galardones obtuvo el premio Hucha de Oro de cuentos, que le generó un buen número de lectores y la certeza de que la literatura permanecerá incrustada en su piel, en su cerebro y en su manera de ver la vida y abordar la realidad. Además, es fundador y director de la editorial Tilde, pero fundamentalmente es un escritor cuyas historias se incrustan como espinas en el alma del lector. En cada uno de sus relatos y sus novelas, cuenta historias donde se puede calibrar una gama entera de sentimientos que sacuden la santa paz de cada lector. Sus personajes transitan vivencias cotidianas, sencillas y placenteras que contrastan brutalmente con los asesinatos que se complace en detallar; y que, según cuenta, sirven para exorcizar los demonios que consecuentemente rondan el alma humana.

Luis Valera es un hombre afable y conciliador; pero quien lee sus libros lo percibe como un hombre dueño de un universo irrepetible de sensibilidades y dramas.

Los especialistas lo ubican dentro del género negropoliciaco, y sus libros publicados llevan por título: *Atracos S. L.*, *Asesinos sin remedio* y *Anillo de compromiso*.

—¿Qué busca o qué encuentra en el proceso creativo de la escritura?

—Fundamentalmente placer. Pese a que he conseguido algunos premios literarios y buenas críticas, siempre tuve la clarividente sensatez de saberme un escritor *amateur* y jamás se apoderó de mí la más mínima ambición literaria en el mal sentido de la palabra, quiero decir: el deseo de éxito, fama o de riquezas a través de la literatura. Mi única ambición es escribir lo mejor que pueda sobre historias que espero, y deseo, se apoderen de mí en el proceso creativo. Por otra parte, mi formación como historiador (y como historiador de la cultura) me ha enseñado con creces la distancia que existe entre la calidad y el juicio de la historia, a veces mayor aún que entre la calidad y el éxito mediático de la actualidad.

La única compensación que me ha ofrecido la escritura es la escritura misma. No voy a ser hipócrita: publicar y vender libros está bien, pero si hubiera dependido de ello solamente, haría años que habría dejado de escribir. Gané más dinero y prestigio como editor durante los diez años que lo fui, y mucho más de ambas cosas como profesor de historia y como escritor de manuales históricos. Sin embargo, nunca he sido más feliz en mi vida que durante esas noches mágicas encerrado con mi ordenador, un paquete de cigarrillos y un poco de vino blanco helado



LUIS VALERA ES UN HOMBRE AFABLE Y CONCILIADOR, PERO QUIEN LEE SUS LIBROS LO PERCIBE COMO UN HOMBRE DUEÑO DE UN UNIVERSO IRREPETIBLE DE SENSIBILIDADES Y DRAMAS.

La única compensación que me ha ofrecido la escritura es la escritura misma. No voy a ser hipócrita: publicar y vender libros está bien, pero si hubiera dependido de ello solamente, haría años que habría dejado de escribir. Gané más dinero y prestigio como editor durante los diez años que lo fui, y mucho más de ambas cosas como profesor de historia y como escritor de manuales históricos.

hasta las tantas de la madrugada, emborronando folio tras folio con una historia que parecía fluir por sí misma con energía impaciente y sin darme cuartel. Como uno de esos poetas antiguos poseído, según cuentan, por las musas.

Contra los buenos consejos de escritores consagrados a quienes admiro discretamente y casi nunca envidia, que hacen de la escritura una profesión, yo sólo escribo cuando me entra la fiebre. Y sólo creo que escribo en esos momentos, lo demás, el trabajo de carpintería según afirma Gabriel García Márquez, en realidad no es escribir: es reescribir, reparar, depurar, pulir, corregir... Pero eso sólo es posible cuando ha terminado la fiebre creativa. Esto último sí que puede profesionalizarse, y con el tiempo he aprendido a hacerlo, pero no sirve para nada sin el arrebato creativo que lo ha precedido.

—¿Al escribir ficción le cuesta rivalizar con la realidad actual que es tan violenta?

—En realidad, como tengo algo de Mister Hyde en el fondo de mi alma jekilliana, me sé capaz de superar la brutalidad que exhibe la realidad que nos rodea. Antes lo intentaba a través de algunos de mis personajes. Pero creo que es un empeño inútil. La clave de la narrativa criminal no está en los crímenes en sí. Por más brutal que sea un crimen no se convierte en materia narrativa de interés de forma directa. Reconozco que en ocasiones, simplemente escuchando las noticias de la televisión, he tenido tentaciones de tirar la toalla horrorizado por lo que escuchaba. La novela policíaca no se nutre de la violencia sino de la racionalidad. La violencia es muchas veces gratuita, cretina e innecesaria... Otras veces es lógica, inteligente y necesaria. Casi nunca me ha interesado la violencia de los locos furiosos o los psicópatas, aunque la he tratado alguna vez en relatos como *El asesino de la lluvia* o *El placer de matar*. Pero incluso en esos casos, siempre he buscado entender las motivaciones subyacentes y las

reacciones de los personajes atrapados en esos pantanos.

La novela criminal tiene mucho más que ver con ese territorio del alma humana recorrido por vientos como la motivación, el miedo, el interés y la maldad humana, más allá de esas explicaciones psicologistas que quieren reducirla a una patología social. Pero ante todo, la novela criminal es la novela de caballerías de nuestro tiempo. Es la lucha eterna entre el bien y el mal encamándose en su tiempo histórico y en nuestras circunstancias morales. La novela criminal o policíaca (que no la detectivesca británica o la negra americana, que ya están muertas) es la versión actual de la epopeya clásica: es el héroe que se enfrenta al mal exterior y al mal interior. Y nunca, no deja de ser curioso, es capaz de obtener algo más sustancial que una victoria parcial.

—¿Siempre está pensando en algún crimen para poder escribir?

—Francamente no. En lo que pienso es en el personaje. Los crímenes son al personaje, no viceversa. Otra cosa es como comienza una narración. Pero incluso pese a que el crimen casi siempre precede convencionalmente al protagonista y al criminal en el orden de presentación de una historia, en el orden de creación sucede lo contrario. El crimen siempre es un efecto del personaje y de sus circunstancias, pese a que se trate de un crimen accidental. Además, en mis novelas y relatos no siempre hay crímenes... Incluso me he dado cuenta por los comentarios de algunos de mis lectores de que tiendo a evitar los asesinatos... Personalmente, mis héroes son los atracadores y sobre todo los buenos atracadores que evitan la violencia. Cualquiera sabe que un atracador violento es un tarado con poco talento. Lamentablemente, en los tiempos que corren, cada vez quedan menos porque el talento de los delincuentes está en relación directa con el grado de civilización de la sociedad en que se desenvuelven y ese grado tiende a envilecerse en la actualidad.

Por otra parte, a mí la tragedia es un registro que no me va. Siempre me ha parecido poco realista y demasiado operístico o, si se prefiere, shakeasperiario. Yo soy más partidario de la tragicomedia que es el registro literario de la mejor literatura clásica española. La comedia me parece francamente difícil y también poco realista. En el fondo, contemplo la vida como una tragicomedia, por eso nunca me aparto de un tono levemente humorístico que contamina a mis personajes y me permite tomar un poco de distancia con respecto a la indudable tragedia de cualquier crimen. Además, nadie capaz de humor es un criminal nato. Pienso que eso ha sido lo que me ha hecho distanciarme del crimen en sí como nudo de mis historias.

—¿Cuándo y cómo se le ocurren las historias?

—Hasta hace poco tiempo no me había dado cuenta, pero ahora creo que sí. Es cuando conduzco... Se me va la bola y empiezo a fantasear y de repente encuentro una idea para un cuento o una idea para avanzar en la novela que estoy escribiendo, porque nunca tengo el final cuando inicio una novela. Sé muy bien que esa es la razón de que en estos momentos tenga dos novelas embarrancadas más allá de la página doscientas y sé muy bien que no debe hacerse eso según dicen todos los expertos en talleres literarios y todos los escritores importantes. Pero a mí me importan un ardite sus opiniones... Jamás tomo notas de una idea. Sé por experiencia que si es buena no se me va a olvidar y si se me olvida es que no merecía la pena. Incluso me resisto a penetrar en los detalles de las vidas de los escritores que me gustan, que a tantos otros les sirven como ejemplo o estímulo. Para mí un escritor es su obra y me basta con la pequeña reseña biográfica de la solapa para hacerme una idea. No quiero saber nada más de él porque sé que cuanto más sepa menos me va a gustar.

El verano pasado inicié la segunda novela de una

trilogía (*El valle del Klan*) de aventuras de ficción científica con un guión elaborado, esencialmente para darle gusto a un amigo que dirige un taller literario en el que participé más que nada por curiosidad y por amistad. Intenté seguir las reglas y partí de una serie de notas bien organizadas en apartados. En teoría uno por capítulo. Acabé la novela (*Las tierras habitadas*) sin haber consumido más que los tres primeros ítems del guión. Los otros doce espero que me den para la que cierra la trilogía, pero empiezo a dudarle porque en el magín empieza a bullirme una cuarta secuela que ya me está aguijoneando.

Me conozco, y sé que debo empezar a escribir con la cabeza hirviendo de ideas a presión. Hasta podría remedar una especie de ley psicofísica: hasta que el nivel de ocurrencias no alcance una masa crítica que oscurezca el normal funcionamiento del raciocinio humano, una historia no está madura para empezar a ser tecleada en el ordenador.

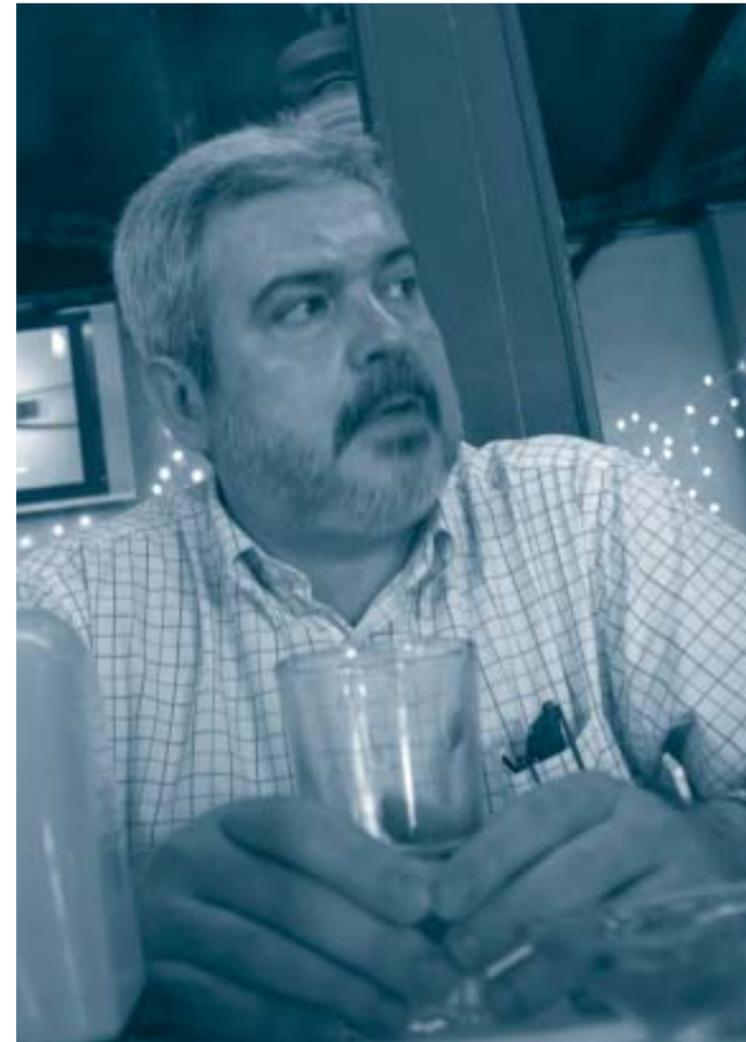
—¿Investiga o recorta noticias de periódicos y revista, por ejemplo, antes de escribir un cuento o una novela?

—Los escritores no investigan, se documentan. Investigan los científicos naturales o sociales, los detectives, los periodistas... Los escritores de ficción se limitan a informarse. Por supuesto, me toca documentarme en muchas ocasiones y también coleccionar recortes. Aunque hoy existe una herramienta maravillosa como es Internet, yo estoy chapado a la antigua y prefiero documentarme con libros. De Internet no me fío, nunca dejo de contrastar lo que encuentro en la red, porque hoy todo el mundo puede colgar cualquier cosa y a veces se hace con poco rigor.

En cuanto al valor de la información contenida en las novelas, sobre todo en las llamadas novelas históricas, hay que tener mucho cuidado. Una novela histórica tiene mucho más que ver con la ficción que

El crimen siempre es un efecto del personaje y de sus circunstancias, pese a que se trate de un crimen accidental. Además, en mis novelas y relatos no siempre hay crímenes... Incluso me he dado cuenta por los comentarios de algunos de mis lectores de que tiendo a evitar los asesinatos...

EN REALIDAD, COMO TENGO ALGO DE MÍSTER HYDE EN EL FONDO DE MI ALMA JEKILLIANA, ME SÉ CAPAZ DE SUPERAR LA BRUTALIDAD QUE EXHIBE LA REALIDAD QUE NOS RODEA.



con la historia. Hay mucha gente aficionada a ese subgénero de gran predicamento que cree aprender historia leyendo ese tipo de novelas. Gran error.

Lo mismo ocurre con las novelas de denuncia social o las novelas criminales basadas en hechos o personajes reales. Su calidad nunca reside en la información que manejan, sino en eso que Aristóteles llamaba verosimilitud, que significa literalmente: parecido con la verdad. Pero lo que puede ser o parecer real no es real en sí mismo. Y no hay que confundir-

lo. No obstante, este mérito se consigue igualmente sin documentaciones ni zarandajas semejantes. Basta con saber contemplar tu vida y la vida de los que te rodean, basta con ser sincero con uno mismo y decir lo que se piensa, sin dejar de pensar en lo que se dice, para adquirir la virtud de lo verosímil.

La literatura *verité* me parece igual que el cine *verité* (o el realismo socialista en su tiempo). No le basta con ser verosímil o reproducir la realidad, quiere confundirse con ella. Peor aún incluso: quiere sustituirla.

Me atrevería a decir que una excesiva documentación puede ahogar una buena novela. Hay que buscar la dosis adecuada, como en todo.

—¿Sobre cuál asesinato o tema nunca escribiría?

—No lo he pensado. En principio no me planteo ninguna exclusión. Sé que los crímenes que menos me interesan son los de naturaleza política. La razón es que no suponen el más mínimo misterio. Con esto tampoco quiero decir que el misterio sea el centro de la novela criminal que se hace hoy como lo era en la novela detectivesca clásica y en cierta parte de la novela negra e incluso en algunas de las novelas criminales actuales. El centro de la trama de la novela criminal clásica era el suspenso o la intriga. La novela negra la puso en su sitio, la intriga se rendía a la acción y a los personajes. No importaba que supieras quién era el asesino desde el primer párrafo de la primera página. Seguías igualmente fascinado por seguir los vericuetos de la acción entre el criminal y el policía que lo perseguía, o simplemente el curso ineluctable de los acontecimientos. Hoy los personajes han recuperado la primacía, la auténtica intriga consiste en saber cómo se desenvolverán y cómo se transformarán a sí mismos en función de sus reacciones y sus respuestas a los desafíos con que se enfrentan. Por tanto, el asesinato o el tipo de asesinato con que nos encontremos es una cuestión secundaria. Los que importan son el héroe y el malvado, en singular o en plural.

HUMILDEMENTE, CREO QUE NO SE PUEDE ESCRIBIR HOY NOVELA CRIMINAL CLÁSICA Y EN SERIO. PERO EL MITO SUBYACENTE MODERNO ESTÁ AHÍ Y NOS OFRECE UN MODELO O ESTRUCTURA NARRATIVA

—¿Teme que lo encasillen como escritor de novelas policíacas o Usted sencillamente escribe sobre la comedia humana?

—Ya me han encasillado. El primero que lo hizo fue mi editor que sólo me ha publicado ese tipo de libros. En realidad, yo hice mis primeras armas con relatos de terror. Hasta pocos años he sido más escritor de cuentos que de novelas. Tengo un libro de cuentos inédito (*Aspirantes a locos*) y estoy tan resignado a no publicarlo que ni siquiera busco editor. Y mis dos primeros intentos serios de escribir una novela naufragaron como he relatado más arriba. Ninguna de ellas era una novela negra: la primera *El regalo de Nakhtoes* era medio fantástica medio histórica, la segunda: *Lobatovski suite*, estaba más cerca de la novela histórica que de la de género. Está ambientada en los años veinte y treinta del siglo pasado, entre la guerra civil rusa y la Segunda Guerra Mundial, aunque ya tenía muchos elementos de novela negra. La primera novela que coroné con éxito fue *Anillo de compromiso*, la tercera publicada por Brosquil, un pequeño ajuste de cuentas personal con la novela clásica detectivesca británica, y en estos momentos de las tres novelas que tengo terminadas, sólo una es de novela policíaca. Sospecho que será la que consiga publicar antes y eso que aún estoy rematándola. Sin embargo, no debemos engañarnos, tanto en España como en Europa el género policíaco está en decadencia y si ha habido algunos escritores que lo han cultivado con éxito, desde Vázquez Montalbán hasta Camilieri, pasando por Henry Mankell, Petros Markaris, Ian Rankin y otros, ha sido más por la entidad de sus protagonistas como personajes literarios que por sus elementos de género, con los que los autores se toman muchas licencias. Hoy casi nadie es adicto al género policíaco de forma exclusiva, aunque se escribe mucho y se publica mucho. Pero a algunos escritores les ha pasado algo parecido a lo que me pasa a mí, salvando las distancias,

han tenido éxito en ese registro literario y han seguido por el camino de menos resistencia, como obedeciendo a una ley física. No creo que Montalbán, ni Camilieri, ni Mankell se autodefinieran como escritores de novela criminal, sin embargo si hoy son conocidos y leídos es por ello.

En Elipol, este pasado noviembre, en el bello Parque del Este, recuerdo que insistí mucho en la idea de que la novela negra, como género específico policíaco de origen norteamericano, había muerto. La novela criminal, no. Pero hubo un escritor español invitado al encuentro, Alfonso Mateo Sagasta, que observó con acierto que las tramas criminales han invadido otros géneros literarios... La novela de misterio, la ciencia ficción, la novela histórica o la novela literaria convencional nos ofrecen muchos ejemplos de ello. De eso ya nos había dado lecciones Humberto Eco cuando publicó su famosa novela *El nombre de la rosa*, una novela pseudohistórica y pseudodetectivesca que daba buena cuenta, con maestría, de todos los tópicos literarios que rodean ambos subgéneros, y pletórica además de referencias y homenajes a lo mejor de ambos. Es un método parecido, *mutatis mutandis*, al que empleó Cervantes en su *Don Quijote*, donde ajustaba las cuentas tan magistralmente a la moda literaria que hacía furor en su época: la novela de caballerías. Ni Eco ocultaba su amor a las novelas de detectives, ni Cervantes a sus caballeros andantes, pero los tiempos en que vivían no estaban ni para los unos ni para los otros y alguien tenía que decirlo.

Humildemente, creo que no se puede escribir hoy novela criminal clásica y en serio. Pero el mito subyacente moderno está ahí y nos ofrece un modelo o estructura narrativa. Los escritores nos limitamos a utilizar los materiales de nuestro tiempo y escribir sobre la tragicomedia humana. Los que toman las decisiones de género, en el fondo, son los editores y los que tienen la última palabra, los lectores. ■

El centro de la trama de la novela criminal clásica era el suspenso o la intriga. La novela negra la puso en su sitio, la intriga se rendía a la acción y a los personajes. No importaba que supieras quién era el asesino desde el primer párrafo de la primera página. Seguías igualmente fascinado por seguir los vericuetos de la acción entre el criminal y el policía que lo perseguía, o simplemente el curso ineluctable de los acontecimientos.